

# Flamenco

HUMBERTO GUZMÁN

La lluvia caía a raudales. La copa de la acacia del frente de la casa era mecida por el fuerte viento hasta restregarse contra las vidrieras, en las que las manchas de agua escurrían sin terminar de caer nunca. Esto le pareció un signo de mal agüero a José María que, con un manotazo, tomó el mazo de las cartas españolas y, colocándolas de cara a la mesa, comenzó a barajarlas con habilidad entre sus manos. Luego, sacó la primera de abajo y, con dos dedos, la volteó en el aire. Era el ocho de oros. Poder y grandeza. No estaba mal; esto le subió el ánimo. Sacó la segunda que hizo girar de la misma manera. El cinco de espadas. Sufrimiento, tristezas ocultas. Lo que ya no le gustó. Hizo deslizar la tercera, con la esperanza de que fuera la decisiva. El once. El caballero de espadas. Militar ausente. Justiciero, recto, celoso. (Inquietud: un guerrero, destino incierto, riesgos, tal vez muerte; por otro lado, orgullo: hechos notables, fama, gloria, tal vez riquezas.) Reacomodó las cartas y las abandonó sobre la mesa, pero no hizo lo mismo con la idea de las riquezas y tal vez los hechos notables, en ese orden. Era lo que había buscado toda su vida. Aún entonces era la fecha en la que seguía esperando el día en que le favoreciera la suerte. ¿Será que está próxima su llegada?

Una llamada en la puerta lo sacó de sus pensamientos.

—Se hace tarde: hora de irnos.

—Ya voy, espérame abajo —contestó, mientras se ponía los zapatos y cerraba el maletín.

En el trayecto al centro nocturno donde bailaba, junto con Pilar, su mujer —con la que vivía desde hacía un año—, como parte del elenco de esos días. Siempre había despreciado bailar para borrachos, para gente que anda en busca de que la diviertan un rato, que para eso paga, y que

casi nunca sabe nada de flamenco y su espíritu pasional, de garra, refunfuñaba. Sin embargo, entraban con unas sevillanas bien bailadas, un solo de cada quien para impresionar, y terminaban con un cuadro de grupo por bulerías. También había que lucir los vestidos, el braceo con mucha muñeca, los escotes y todo el mundo contento. No era tan fácil encontrar trabajo. A veces los invitaban de algún lugar de provincia, pero no pagaban bien. Tampoco faltaban los que creían que era suficiente con cubrirles los gastos de hotel y alimentos, de éstos, claro, no querían saber nada.

—Si hubiera sabido...

—¿Qué?

—¡La mala vida que me esperaba contigo!

José María sonrió displaciente y agregó:

—Entonces estás loca.

Ella lo miró de soslayo con ira. Loca, pues sí, loca de atar por haber aceptado quedarme contigo que ni fu ni fa. El automóvil de alquiler continuó su deslizamiento por la noche mojada de lluvia. Las luces de la ciudad se reflejaban en sus propias calles. La gente que se alcanzaba a ver desde el automóvil parecía gesticular más de la cuenta. Pilar no lo creyó, hasta que en un alto una vieja la miró fijamente y le dirigió tales gestos que sintió miedo. Vino el siga y el auto arrancó y ella pudo controlarse. Era ridículo lo que le pasaba. En el tiempo que llevaba viviendo con él nunca se había sentido tan mal. La pareja de bailaoras ya no pronunció una sola palabra, excepto al llegar, que él comenzó a canturriar una letrilla. "Si fueras gitana pura y la sangre a ti te hirviera..." y ella lo sintió como un reproche.

—¿Por qué no me abandonas de una vez? —dijo ella al entrar al "Guadalquivir" y dirigirse por ese pasillo

oscuro y maloliente al cuartito que servía como camerino de los dos.

Él no le contestó. Se guardó la respuesta para sí. Entró al camerino y se preparó en seguida para vestirse de luces —como él decía— en silencio.

—¿Por qué no dices nada?—Insistió.

No aguantó el castigo y salió a vestirse a otro lado. En el baño, frente al espejo, vio cómo se le rodaron las lágrimas, pero no era por los pleitos con José María, o tal vez sí, sólo porque todo fin entraña una tristeza. Aunque más bien parecía carcomerla una ansiedad.

En tanto, a José María, con su rostro en el espejo, pálido por las desveladas y las embestidas de la vida, le vinieron a la mente las tardes aquellas en las que disfrutaba dando clase a la Pilarica, una joven con el nervio suficiente como para bailar el flamenco. Lo supo desde el primer día. El recuerdo le dio un soplo de gozo, pero éste, después, se convirtió en desasosiego.

—Tú ya has bailado, ¿con quién?

—Estudí con Pepa Ortiz.

Tenía buen estilo, eso era lo más difícil, porque es lo que no se aprende, ni se enseña, se trae, y él pensó que podría ayudarle a sacarle partido a su temperamento. A los diez o doce meses de tenerla en su clase le propuso montar un número con ella y él como bailaores. Al principio ella se negó, aduciendo su falta de experiencia.

Has bailado antes ¿no? Sí, pero... Pues es igual, dijo él. Pero no es lo mismo, se defendió, he participado en bailables en el Centro Asturiano, en la Casa de Andalucía y lugares por el estilo. Lo importante era bailar flamenco, que era el lazo invisible que los unía.

—El flamenco es una pasión —afirmó José María.

Una pasión, más que una técnica —y vaya que también lo es—, más que una danza, más que la alegría por bailar... Sí, una pasión, confirmó ella, contenta de encontrar la palabra para nombrar lo que sentía en el alma. Tenía razón José María. Ella tenía el duende, como dicen en la jerga flamenca. Pero, aunque el flamenco es como la parte intensa de la vida diaria, ésta no es, ni pue-

de ser siempre, como un cante, como un razgar de guitarra, como un taconeo intenso en el tablao.

—El problema es que tú crees que siempre estás en el escenario —terminó él—. Por eso exiges atención eterna de los demás.

—¿Y no crees que me lo merezco?

En el local del "Guadalquivir" los parroquianos esperaban, bebiendo, charlando, dando risotadas, pasando el rato, el primer espectáculo, el de las once y media de la noche. José María no se preguntó dónde estaba Pilar. Estaría con las otras chicas del elenco... o con Antonio, el guitarrista, con el que había hecho amistad de unas semanas a la fecha. Esto no le gustaba, pero no le había dicho aún nada al respecto. No quería pasar por un celoso; además, había que cuidar la figura hasta frente al toro más bravo. Los había sorprendido conversando de esa manera en la que los excluidos, y entre éstos estaba él. Son cosas que se sienten, no se necesita saber, o ver más. Pero, tampoco podía estar seguro del todo. Había que esperar a que las cosas cayeran por su propio peso.

Salió del apartado y desde allí, en la penumbra del pasillo, vio, al fondo, en el paso a la cocina, a quién más si no a Pilar y a Antonio, hablando de esa manera que sin tocarse estaban tan unidos y que a él lo trastornaba. Sin ver hacia donde los estaban observando, supieron, de alguna manera, que habían sido descubiertos. Ella se alisó el vestido



Colonia Roma, Ciudad de México, s. f.

de bolitas a la altura de las caderas; él abrazó con más fuerza su guitarra. José María comenzó a pegar al piso con el metatarso y con los tacones para calentar los tobillos, los músculos, pero más que calentamiento parecían las pezuñas de un toro bravo ante su enemigo.

Pilar no se molestó en volverse a verlo. Bajó la vista y sacudió algo de polvo de su vestido y extendió el abanico de la falda. El guitarrista, no pudo evitarlo, se volvió con lentitud. Se miraron por un momento los dos hombres. Los dos hombres, retadores, con el capote extendido, enfrente de la mujer en juego. Antonio, en una posición menos favorable, quizá regresar la mirada al encontrarse con el brillo de la ira en los ojos de José María. Como un último intento de dignidad, rompió el hielo con un gesto de la mano que quería significar un saludo. Entonces Pilar lo miró también, pero parecía tan lejana, tan ajena, tan otra. José María recordó, contrito, las cartas que le salieron en casa. En realidad, sólo recordó una, la del cinco de espadas: sufrimiento, tristezas ocultas.



Pelea de gallos, Estado de México, 1958

—¡Van a dar las once y media! ¡A trabajar, señores! —gritó con la sutileza de siempre don Paco.

Los tres se dirigieron por ese pasillo que daba a todas partes y salieron entre las mesas del local nocturno que, esa noche, estaba a reventar por la clientela que reclamaba y el primero de los dos espectáculos de la noche. Entre la semioscuridad del salón, que aumentaba por la simulación de una caverna, como en las que bailaban —y moraban según cuenta la leyenda— los gitanos de antaño, el escenario se iluminó de repente, llamando la atención del público que, en ese momento, guardó silencio, interrumpido apenas por un chocar de cristales, una risilla fugaz, unas palabras sueltas.

Al tablado subieron Antonio y otro guitarrista, un percusionista de cajón, el cantaor y se distribuyeron en las sillas de mimbre del fondo. Detrás de ellos aparecieron Pilar y dos chicas más, seguidas por José María que mostraba el rostro tenso. Mejor, así se veía más “jondo”, con el pelo largo que le cubría la cara en cualquier movimiento de cabeza al bailar. Pilar, por su parte, rebozaba alegría, al igual que las otras dos bailaoras, tal vez cumpliendo su parte profesional. José María se quedó de pie, junto a Antonio, precisamente, en tanto que las chicas se adelantaron al medio del tablado y comenzaron, con los primeros rasgueos de las guitarras, a bailar en grupo, derrochando gracia, movimiento, color y forma. El público noctámbulo las admiraba y les lanzaba piropos de varios colores.

Transcurrieron dos o tres bailables, entre sevillanas y bulerías, solos y pasos coreográficos en grupo, para satisfacción de la clientela, que gritaba olés a diestra y siniestra. Esa noche la herencia española afloró a flor de piel en el “Guadalquivir”, como en una pequeña y cerrada plaza de toros. El público, exaltado, se encendía. Luego de un descanso para los bailaoras que palmeaban, en el que el cantaor y los guitarristas hicieron suya la atención del público, comenzaron los acordes de una seguiriya. Los bailaoras se desplazaron en una coreografía no muy complicada, especial para el ambiente festivo de cabaret; sin embargo, se bailaba y se cantaba que era canela fina. De pronto, el grupo se desató y quedaron en el centro Pilar y José María, que marcaron los movimientos felinos de una batalla a muerte entre los amantes. Las miradas se cruzaban como el resplandor de cuchillos en la noche. El zapateo de ambos era un duelo infatigable. El público se calló, impresionado. Sólo entendía que algo fuerte se libraba en el escenario. La voz carrasposa y dolorida del cantaor, la guitarra y el cajón, así como los gri-

tos y las palmas de las bailaoras enmarcaban el desplante, la furia, la pasión.

Todo en el escenario era candela. Amarillo y rojo, negro y azul. Los cuerpos se movían con coraje, con alma y fuego, deslizamientos apenas, quebrando la cintura, la cabeza arriba, altivos, gallardos y las manos eran aves que aleteaban rítmicas en el espacio iluminado del tablado.

José María, sin embargo, no olvidó un solo instante el cuadro íntimo de Pilar y Antonio cuando los sorprendió al final de la penumbra del pasillo, el fingido movimiento de ella y la mirada equivocada de él. Antes ya había comenzado a atar cabos sueltos. Las ausencias injustificadas, las llegadas tarde porque había ido con las amigas a ensayar, las risitas ocultas, las separaciones bruscas, los gestos nuevos en la cara, en las manos, otras inflexiones en la voz, otra profundidad en los ojos negros de esa mujer, a quien llegó a adorar por su belleza, por su soltura al bailar y por su entrega en el amor.

Comprendió, de golpe, que Pilar era otra, una desconocida, que se ocultaba detrás del cuerpo de la mujer querida, aquella, a la que enseñara a bailar. Y lanzó la mirada, como un dardo, hacia Antonio, que seguía su taconeo y movimiento con el violento desgrane de su guitarra. Luego, volvió la mirada hacia su compañera de baile y de otras cosas, el pelo oscuro latigó su rostro, las manos se crisparon en el aire, ella había levantado el ancho de su falda de olanes para mostrar su juego de pies. Ambos se enfrascaron en un duelo incesante. Entonces José María supo algo que tal vez habría preferido mantener ignorado. Pilar ya no era suya. ¿O no lo había sido nunca? Pero en el escenario, aunque enemigos, no dejaban de ser el uno para el otro. Bajo la luz de los reflectores parecían el toro y el torero en plena fiesta brava, citándose, rodeándose, retándose, hiriéndose, o aves revoloteando como en un rito previo al amor físico, con el rostro cercano de la muerte.

El público estaba entusiasmado. Vociferaba. Muchos palmeaban imitando mal a las bailaoras que no cesaban de moverse en sus sillas de mimbre. Era, sin duda, una noche grande. Algo había en el ambiente. Se sentía; se respiraba. José María dio un giro doble, levantó los bra-



Pelea de gallos, Estado de México, 1958

zos como si se dispusiera a poner banderillas en medio del ruedo, bajó las manos con energía, las colocó en su cintura del lado izquierdo, entre el chaleco y el peto del pantalón, giró otras dos veces, no parecía tocar el piso, terminó con un remate de plantas muy cerca de Antonio y éste abrió los ojos desmesurados y su guitarra calló. José María se separó de él de un salto, como para permitir que éste cayera pesadamente en medio del tablado, bajo un largo "ay" del cantaor.

Pilar se detuvo sin comprender nada. Los otros callaron y se convirtieron de piedra por un instante. Sangre en la arena. El público, al contrario, rabió, conmovido, había percibido la tragedia en el escenario. Ningún público es para menospreciarse. Qué grandes artistas había en el escenario. Ese público se dejó atrapar por la profundidad del flamenco. La fuerza, el coraje. El resentimiento aflorando en danza y en grito. El odio. La alegría de la venganza. En una palabra, la pasión.

José María, con una última figura dancística, dominando el escenario, giró en sus plantas y se hundió en la oscuridad de la cueva del "Guadalquivir", que se derrumbaba por los vivas, olés y aplausos. ◆